

Libertad de cátedra: la tragedia de una noche

JOSÉ M. CARMONA PÉREZ

*** Octubre de 1864 ***

El habitual bullicio estudiantil de la Universidad Central de Madrid no presagiaba la agitación sin precedentes que se desataría aquel curso académico.

—Mira, ahí viene Ernesto con la prensa del día —dijo Miguel Ángel—. Aunque parece más alterado que de costumbre.

—¿Qué sucede Ernesto? —preguntó Manuel expectante.

Ernesto, resollando, respondió con voz temblorosa —El gobierno... ha prohibido... la libertad de cátedra.

—¡No puede ser! ¡Déjame verlo! —dijo autoritariamente Miguel Ángel, arrancándole de las manos aquel ejemplar de *La Gaceta de Madrid*— prohíbe a los catedráticos emitir opiniones contrarias al Concordato de 1851 o defender posicionamientos krausistas.

—¿Acaso no saben Narváez y sus secuaces que nuestro país ha cambiado? —cuestionó Manuel con su singular pedantería.

—No tanto como quisiéramos, Manuel —comentó Miguel Ángel—. ¿Qué creéis que hará Castelar? No me extrañaría que esta medida sea una represalia por sus últimas críticas en *La Democracia*.

*** Mientras tanto, en las más altas instancias
del gobierno ***

—Buenos días señores —saludó Luis González Bravo, ministro de Gobernación.

—Tome asiento, don Luis —le invitó Ramón María Narváez, presidente del Gobierno. El ministro de Fomento y yo comentábamos el estado actual de la situación universitaria.

—Así es —siguió el aludido Antonio Alcalá Galiano—. Emilio Castelar ha vuelto a arremeter contra nuestras medidas en torno a la libertad de cátedra...

—¿Qué sabrá ese catedrático de Historia? —le interrumpió González Bravo mientras se acomodaba —¡Esos demócratas creen que el liberalismo no debe tener límites! Pero se equivocan.

—No me lo recuerde —dijo Narváez—. Yo mismo tuve que lidiar con ellos hace unos años, cuando Europa vacilaba hacia una nueva revolución...

—Aún así creo que hemos sido demasiado intransigentes con estas medidas... —trató de seguir Alcalá Galiano.

—¿Bromea? —le volvió a interrumpir González Bravo—. Si critican algo tan sacro como las instituciones medulares de nuestro país, ¿qué no se atreverán a vulnerar?

—Tal vez —prosiguió Alcalá Galiano torciendo el gesto—. Pero estas medidas nutrirán la oposición a nuestro gobierno, sobre todo con esta maldita crisis económica.

—Es un riesgo que debemos asumir —zanjó Narváez—. A propósito, Su Majestad la Reina Isabel II me ha confirmado su intención de vender parcialmente los bienes reales. La generosidad de la Reina nos permitirá enjugar una cuantiosa parte del déficit.

—Creo que inmiscuir a la Reina en estos asuntos es alentar las críticas de la oposición...

—¡Por favor, Galiano! Jamás ponga en duda la voluntad de Su Majestad —el carácter iracundo de Narváez volvió a imponerse a cualquier argumentación.

*** Febrero de 1865 ***

—La Reina ha vendido parte de su patrimonio para ayudar económicamente al Estado —comentó Ernesto—. *El Contemporáneo* declara que “esa Reina que tiene tales rasgos de generosidad, es la Reina de España, es la madre de todos los españoles”.

—¡Fruslerías! —espetó Manuel—. Estás leyendo la prensa afin al régimen. Además, lo ha hecho para ayudarse a sí misma.

—¿Cómo que a sí misma? —preguntó Ernesto desconcertado.

—Parte de los ingresos irán a sus propios bolsillos —explicó Manuel con desdén.

—¿Y qué importancia tiene eso? ¿No es su patrimonio? —preguntó Ernesto.

—Ahí está el *quid* de la cuestión, amigo mío —respondió solemnemente Miguel Ángel —si ese

patrimonio es de la Reina o no. Lee este artículo de Castelar, “El Rasgo”.

—¡Maldito Castelar! —vociferó Narváez furibundo —¿¡Cómo se atreve!?

—Ya le advertí que esta operación recibiría críticas —recordó Alcalá Galiano.

—¡Pero estos dicterios son inaceptables! —exclamó Narváez—. ¡Que ese catedrático afirme que “el patrimonio vendrá a engordar a una docena de traficantes, de usureros, en vez de ceder en beneficio del pueblo” y que ese “rasgo” de la Reina es uno de esos “amaños de que el partido moderado se vale para sostenerse en el poder” atenta contra nuestra propia dignidad! Ha ido demasiado lejos.

—Hay que extirpar este problema de raíz —sentenció González Bravo.

*** Abril de 1865 ***

—Han cesado al rector Juan Manuel Montalbán —dijo Miguel Ángel consternado mientras leía *La Gaceta de Madrid*—. Al parecer se negó a destituir a Castelar tras recibir la orden del gobierno.

—¿Y qué ha sucedido con Castelar? —preguntó Ernesto, incrédulo por lo sucedido.

—Ha sido desposeído de su cátedra —continuó Manuel—. Los catedráticos Nicolás Salmerón y Miguel Morayta han abandonado sus cátedras para solidarizarse con ellos.

—Es lamentable todo esto —dijo Ernesto, que aún no podía salir de su asombro.

—Pero más aún lo es el nombramiento del reaccionario Marqués de Zafra como nuevo rector

—puntualizó Miguel Ángel mientras continuaba leyendo.

—Tenemos que movilizarnos —dijo Manuel con resolución.

—¿Y qué esperas conseguir con ello? —preguntó Ernesto sobresaltado.

—Se está organizando —continuó Manuel, ignorando la pregunta —una serenata en la Puerta del Sol para apoyar a Castelar y Montalbán.

—No son conscientes de lo que hacen —dijo Ernesto con obstinación.

—Tal vez eres tú el que no eres consciente de la situación —dijo Manuel, hastiado por las objeciones de su amigo—. El régimen isabelino hace aguas por todas partes y ahora censuran la libertad de expresión para ocultarlo. ¡Contra la libertad de expresión! ¿No os dais cuenta del retroceso que ello supone? Va en contra de la confluencia de los distintos puntos de vista, de la aceptación de la diversidad, de la imparcialidad a la hora de valorar nuestra realidad. ¡Debemos mostrar nuestro descontento!

—Estás siendo idealista —replicó Ernesto.

—No, Ernesto. Estoy siendo realista. Tan sólo describo lo que veo —sentenció Manuel.

—Espero que no te equivoques... —finalizó Ernesto con resignación.

*** La Noche de San Daniel ***

—La serenata es bastante original —comentó Ernesto mientras escuchaba a sus compañeros cantar al unísono.

—Es un auténtico canto a la libertad —respondió Manuel con solemnidad, absorto ante aquel evento. Pero, repentinamente, sonaron varios disparos

seguidos por unos relinchos. Instantáneamente, los estudiantes corrieron despavoridos, dispersándose por las calles adyacentes a la Puerta del Sol.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ernesto intentando mantener la calma.

—¡La Guardia Civil está cargando contra nosotros! —exclamó uno de los estudiantes que huía— ¡La caballería ha derribado las barricadas!

De súbito, Ernesto cayó fulminado por el disparo de un fusil. —¡Corre Manuel! —gritó Miguel Ángel. Sin embargo, éste también fue alcanzado por otro disparo. Todo fue muy rápido. Manuel, sobrecogido por la inesperada muerte de Ernesto y Miguel Ángel, fue atropellado por la caballería y cayó de bruces al suelo. Herido de gravedad e incapaz de moverse, contempló una última vez los cuerpos inertes de sus amigos mientras todo se difuminaba a su alrededor.

—Más de una decena de víctimas y los heridos superan el centenar. La prensa habla de “la Noche del Matadero”. ¿Cómo puede estar tranquilo después de todo lo que ha sucedido!? —clamó Alcalá Galiano, exasperado por la indiferencia de González Bravo.

—Esa algarada estudiantil estaba poniendo en peligro a las fuerzas del orden —respondió González Bravo impertérrito—. No podían permanecer pasivas ante semejante tropelía.

—¿¡Cree que la oposición no está en lo cierto cuando afirma que esa “sangre pesa sobre nuestras cabezas”!? —continuó Alcalá Galiano con el rostro totalmente desencajado—. ¡Esos estudiantes eran inocentes!

—Cálmese Galiano —intervino Narváez ante el acaloramiento del ministro de Fomento.

—¡Usted es el máximo responsable, González! —siguió Alcalá Galiano—. La temeridad de sus decisiones ha puesto en jaque a este gobierno y... ¡a la propia monarquía!

—Mida bien sus palabras, Galiano... —le advirtió González Bravo—. El mundo de la política es así.

—No. No se equivoque, González. Nosotros lo hemos hecho así. Y creo que no es consciente de que hemos sellado nuestra propia tumba... —la voz de Alcalá Galiano se desvaneció mientras caía al suelo con estrépito.

—¡Galiano! ¿Qué le ocurre? Rápido González, ¡llame a un médico! —ordenó Narváez. Pero era demasiado tarde. Antonio Alcalá Galiano falleció de una apoplejía tras los sucesos de la Noche de San Daniel.